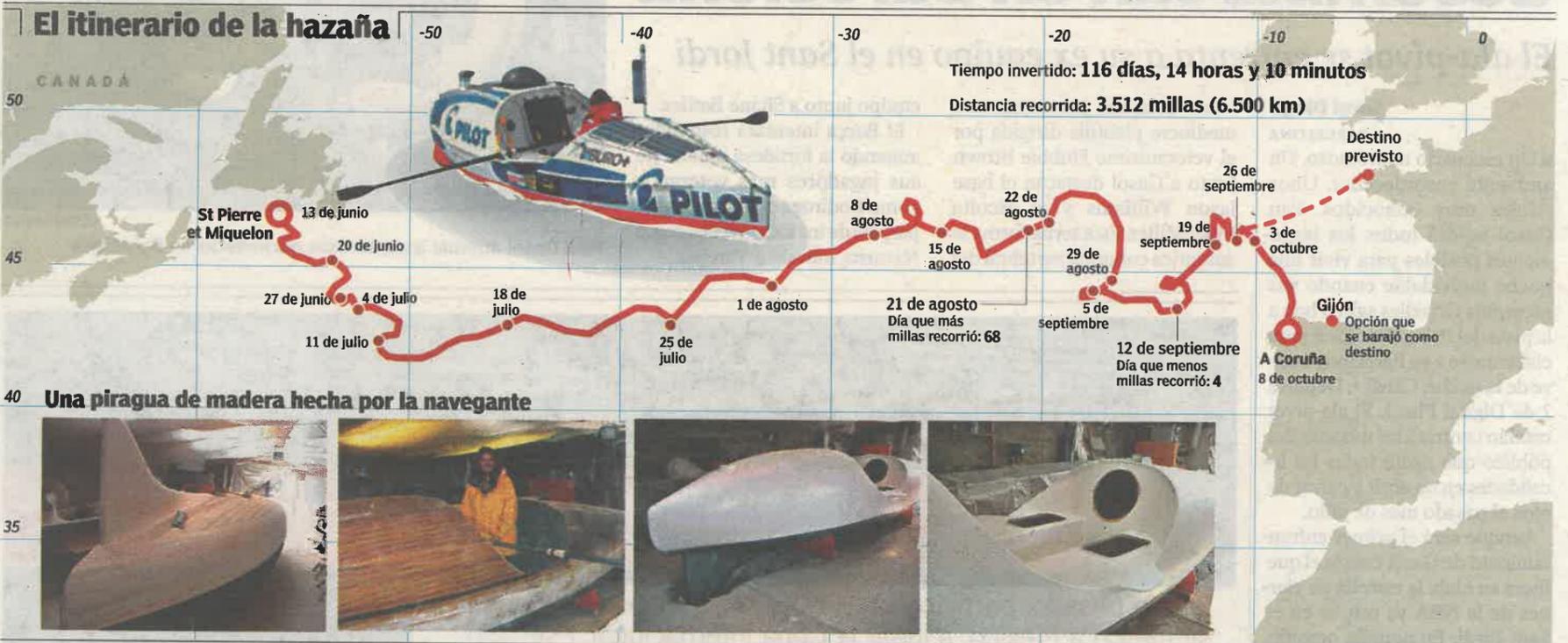


SOCIEDAD



Una piragua de madera hecha por la navegante



Maud Fontenay, la primera mujer que cruza el Atlántico Norte de oeste a este, empleó 116 días en su viaje

Una francesa llega a Galicia tras remar casi 7.000 kilómetros desde Terranova

«Nunca tuve tanto miedo en mi vida», aseguró tras atracar en A Coruña

Víctor Omgbá

A CORUÑA

La francesa Maud Fontenay, navegante solitaria y primera mujer que cruza a remo el Atlántico norte y segunda en hacerlo en el Atlántico, llegó en la madrugada de ayer al puerto de A Coruña. Eran las 4.15 horas cuando la pequeña embarcación *Pilot*, remolcada por un barco de los amarrados, entraba en el muelle de Oza y completaba así su histórica travesía, iniciada hace exactamente 116 días en Terranova, Canadá.

Maud, que no escondió su agradecimiento ni su alegría, declaró nada más pisar tierra que estaba muy contenta de haber realizado lo que ninguna mujer había hecho antes. «Después de estar unos días a gatas, arrastrándome, bebiendo agua del mar que desde luego no sabe muy bien, sólo puedo estar contenta», puntualizó.

Aseguró que tenía ganas de demostrar que también las mujeres pueden hacer este tipo de aventuras, que no todo es una cuestión de testosterona, y que incluso jóvenes como ella podían atreverse con retos de estas características. «Espero que esto pueda en un futuro dar ánimo y fe a todas las mujeres que me han seguido y que han soñado a través de esta aven-

tura», añadió la navegante. La joven, de 25 años, que trabaja en una inmobiliaria, partió de Saint-Pierre et Miquelon el 13 de junio y recorrió a remo más de 6.700 kilómetros en el norte del océano Atlántico.

Su viaje debería haber finalizado en Ouessant, localidad de la Bretaña francesa, pero las corrientes y los vientos variaron su rumbo y empujaron su pequeña embarcación insumergible — pesa 350 kilos, mide 7,5 metros de eslora y 1,6 de manga — hacia las costas gallegas, en concreto a A Coruña, ciudad en la que entró a las 4.15 horas, concluyendo así su larga travesía. Fue recibida por su hermano Jean y su padre, Marc, que ya completó en tres ocasiones la travesía atlántica en embarcación a vela.

Con un mes de retraso

«Hace un mes que debía haber llegado a tierra. Y al ver que se retrasaba esta fecha, empecé a tener miedo», declaró. «Nunca he tenido tanto miedo en mi vida sobre todo cuando me di cuenta de que llegaba el mes de octubre, el mes de las presiones atmosféricas y del mal tiempo. Me siento aliviada aunque algo tensa. Me relajaré cuando llegue a casa, a París», dijo.

Las autoridades marítimas españolas la remolcaron a



Maud Fontenay cruzó el Atlántico en un barco de 7,5 metros

unas tres millas de la costa, a la altura del cabo Prior. Llevaban varios días siguiendo la ruta de la embarcación que los vientos habían arrojado a la vía de tránsito de buques y cargueros del cabo de Fisterra. Maud tuvo que vérselas con los grandes barcos. «Tres de ellos pasaron a menos de 30 metros del *Pilot* y a más de 15 nudos de velocidad. Eso fue lo más emocionante de todo la travesía», declaró.

A esa altura ya había dejado

atrás días de agotamiento por las tormentas de olas gigantes a las que tenía que enfrentarse. «Sufrió muchísimo con las tormentas. En más de veinte ocasiones me encontré boca abajo, con el agua entrando por la trampilla mientras no llegaba a enderezar la embarcación. Fueron los momentos más duros de mi aventura. Incluso llegué a pensar en algunos que acabaría sepultada en el océano», aseguró.

«La travesía me ayudó a madurar y a reflexionar sobre el mundo»

V. O | A CORUÑA

Durante meses se alimentó a base de comida liofilizada. Bebió agua del mar y se esforzó en «guardar la higiene, lavándome, llevando un ritmo de vida». Sobre todo pudo encontrarse a sí misma, algo de lo que la joven declaró estar orgullosa. «Orgullosa de ver que he madurado espiritualmente», afirmó. «Es una experiencia magnífica, espléndida. He estudiado durante años la doctrina de los estoicos y este viaje me ha dado la ocasión de aplicar sus teorías, de reflexionar sobre el sentido de la vida y sobre todo aprendí a no sucumbir a las debilidades del cuerpo. Salgo de este viaje muy re-comfortada», añadió.

Maud asegura que en una experiencia de estas características no faltan «pequeñas alegrías». Los momentos fabulosos, según ella, fueron sobre todo sentirse acompañada de forma esporádica por ballenas que podía incluso acariciar. «Cetáceos con cabezas tres veces más grande que mi embarcación», recordaba a su llegada.